UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL ESTADO DE MÉXICO
FACULTAD DE HUMANIDADES

LICENCIATURA EN HISTORIA

ARTÍCULO

Entre los muros del templo de San Andrés Cuexcontitlán: un legado artístico y espiritual

Que para obtener el título de:
licenciado en Historia

Presenta:
Christopher Guadarrama Beltrán

Asesor:
Dr. Carlos Alfonso Ledesma Ibarra

Toluca, Estado de México
Julio, 2026

Entre los muros del templo de San Andrés Cuexcontitlán: un legado artístico y espiritual

Within the walls of the San Andrés Cuexcontitlán Temple: an artistic and spiritual legacy

Christopher Guadarrama Beltrán
guadarramac025@gmail.com
Universidad Autónoma del Estado de México
Toluca-México

Resumen

El presente artículo tiene el objetivo de estudiar el edificio de la parroquia de San Andrés Apóstol, ubicada en la comunidad de Cuexcontitlán, al norte de Toluca. Desde la perspectiva de la historia del arte se estudian sus componentes constructivos y sus propuestas estilísticas y organización espacial, tomando como referencia las corrientes barroca y neoclásica que definen su fisionomía actual. El análisis comienza con la organización general de la planta y del levantamiento, para continuar con el estudio de los elementos que mejor documentan las diferentes intervenciones que ha tenido el inmueble en los siglos XVII y XVIII.

La aproximación al inmueble se realizará mediante la revisión integral de sus características arquitectónicas y de los elementos que la conforman. Se analizarán la distribución espacial, los elementos ornamentales y constructivos, así como materiales y técnicas empleados en su construcción. Asimismo, el estudio de los materiales utilizados en la arquitectura nos permitirá relacionar las características del edificio con las técnicas del periodo novohispano, situándolo dentro de un contexto histórico y arquitectónico. Dado que las fuentes específicas sobre el templo son inexistentes, el estudio se apoyará en la observación directa y en la bibliografía directa de arquitectura novohispana. Con ello, se busca describir el templo, así como aportar elementos que contribuyan a la conservación y valoración del patrimonio histórico.

Palabras clave: arquitectura, barroco, religión, neoclásico, patrimonio.

Abstract

This article aims to examine the parish church of San Andrés Apóstol, located in the community of Cuexcontitlán, north of Toluca. From an art-historical perspective, the study analyzes the building's structural components, stylistic features, and spatial organization, referencing the Baroque and Neoclassical currents that define its current appearance. The analysis begins with the general layout of the floor plan and the building's elevation, proceeding to an examination of the elements that best document the various interventions the structure underwent during the 17th and 18th centuries.

The approach to the building involves a comprehensive review of its architectural characteristics and constituent elements. The spatial layout, ornamental and structural features, and the materials and techniques employed in its construction will be analyzed. Furthermore, studying the architectural materials allows for a connection between the building's characteristics and the techniques of the New Spanish period, thereby situating it within its historical and architectural context. Given the lack of specific primary sources regarding the church, the study relies on direct observation and relevant literature on New Spanish architecture. The ultimate goal is to describe the church while providing insights that contribute to the conservation and appreciation of this historical heritage.

Keywords: architecture, baroque, religion, neoclassical, heritage

Introducción

La historia de las ciudades se puede interpretar no solo mediante los documentos escritos, sino también a través de los edificios que han permanecido a lo largo del tiempo. Estos elementos constituyen testimonios que permiten recuperar procesos históricos, artísticos y sociales. De igual manera, los edificios contribuyen a configurar el perfil la identidad de las ciudades y poblaciones, al construirse como referentes materiales de la memoria y de la vida cotidiana de sus habitantes. Esa cercanía termina por volverlos invisibles, pues la familiaridad con estos espacios hace que, en ocasiones, se deje de reconocer su valor, artísticos, histórico y patrimonial. Al formar parte del entorno cotidiano, sus características arquitectónicas y los significados que conservan pueden pasar desapercibidos para quienes los habitan. En ocasiones, son los propios habitantes quienes subestiman el patrimonio arquitectónico de los pueblos o comunidades indígenas, asumiendo que tienen menos valor que el de otras localidades mexicanas. Una observación detallada de la comunidad permite identificar la presencia de estos elementos patrimoniales, los cuales han otorgado una fisionomía propia e identificable. Actualmente existe un mayor conocimiento sobre los monumentos gracias a su conservación y al desarrollo de investigaciones históricas y arquitectónicos, lo que ha generado un conocimiento más amplio y directo de ellos.

El conocimiento histórico nos indica cuándo fueron construidos los monumentos, mientras que la estilística revela cómo se construyeron y cuáles fueron los gustos arquitectónicos. La comprensión solo se completa al conocer el motivo de su configuración espacial; por ello, este apartado busca analizar por qué los creadores de los monumentos novohispanos les otorgaron dicha disposición arquitectónica. Vale la pena señalar que la bibliografía del edificio es casi inexistente, esta escasez de referencias del objeto de estudio sugiere que el asunto no despertó interés particular, ni en su época ni en estudios posteriores. La escasa investigación en esta área aumenta el riesgo de incurrir en interpretaciones erróneas o en propuestas infundadas.

San Andrés Cuexcontitlán es una comunidad de gran significado histórico, perteneciente al municipio de Toluca. Alberga una estructura religiosa de inmenso valor patrimonial: el templo de San Andrés Apóstol, que data del siglo XVII. En dicha centuria, los templos parroquiales se consolidaron como el modelo predominante de la arquitectura eclesiástica del

virreinato, que se distinguía por la planta de cruz latina, la cúpula en el crucero, los muros rectilíneos y una destacada fachada. Este modelo conjugo las lecciones espaciales previas, al integrar soluciones de organización y articulación del espacio, como la definición de la nave y el presbiterio, considerada una estructura que lograba conjugar armoniosamente el simbolismo, la funcionalidad litúrgica y la expresión plástica; así, la planta de cruz latina no necesitó reinventarse; bastó con repetirse una y otra vez a lo largo de los siglos que duró la Nueva España.

El conocimiento histórico nos indica cuándo fueron construidos los monumentos, mientras que la estilística revela cómo se construyeron y cuáles fueron los gustos arquitectónicos de sus maestros de obra. La iglesia de San Andrés constituye uno de los edificios históricos sumamente representativos para la comunidad. El inmueble conserva elementos arquitectónicos que plasman la tradición religiosa de la comunidad y la interacción de distintas influencias culturales durante el periodo novohispano. Reconstruir su historia, no es una tarea sencilla, pues exige una mirada rigurosa. Uno de los desafíos radica en describir cómo se vincula esta edificación con las corrientes arquitectónicas de su tiempo.

Finalmente, el estudio buscará situar dicha construcción dentro de una narrativa más amplia; en este sentido, el trabajo de la parroquia no describe solamente su arquitectura, también contextualiza su significado en la historia del arte y la relevancia que esta tiene en la vida de la comunidad. Esto lleva a pensar a la arquitectura como parte de la memoria colectiva de la comunidad, memoria que se ha ido adaptando sin perder el sentido original.

Templo de San Andrés Apóstol

La arquitectura religiosa desarrollada durante el periodo novohispano tuvo la particularidad de difundir las tradiciones constructivas europeas con la realidad local, algo que se hace visible, tanto en los materiales empleados como en la manera en que fueron pensados y organizados en los espacios. En este sentido, el inmueble constituyó más que un templo: es un ejemplo representativo del encuentro entre dos mundos, donde el arte y la cultura se entrelazan para formar algo genuinamente propio. El templo no se reduce a su función religiosa, sino que muestra el desarrollo histórico de la comunidad, al unir el simbolismo local con elementos decorativos propios del barroco.

Se puede observar cómo el diseño urbano de la Nueva España adoptó una identidad propia pocos años después de la conquista. Lo que realmente lo distingue es su organización arquitectónica centrada en los espacios: todo gira en torno a grandes áreas abiertas. Las ciudades se construyeron articulando plazas con catedrales, palacios y parroquias; mientras que, los conventos y sus atrios contribuyeron a definir dicha estructura.

Cuando se hace referencia a la evangelización en el México antiguo, es necesario abordar la arquitectura monástica, pues ésta constituía uno de los medios más eficaces y expeditos para alcanzar dos objetivos: primero, ganar terreno físico sobre el pueblo conquistado; y segundo, transformar la mentalidad de la población sometida. De este modo, los grandes conventos del siglo XVI se convirtieron en la última huella de la Edad Media (Toussain, 1990: 39).

El siglo XVI fue un punto de encuentro en el que ambas culturas se asombraron mutuamente. Es claro que, en la Nueva España era fundamental reconocer la relevancia de la ornamentación, pues fue en ese ámbito donde se manifestó la creatividad de indígenas, mestizos y criollos. Los muros y bóvedas, capaces de encerrar vastos espacios interiores, representaron una novedad para el indígena. A los europeos, por su parte, les resultó revelador el concepto del espacio abierto arquitecturado, donde lo no cubierto también cumplía una función específica. De esta manera, surgieron los conjuntos conventuales, que, en ocasiones, conservaron la disposición prehispánica de los centros ceremoniales. La imponente presencia del templo y el convento se alzaban frente a un atrio con barda perimetral, evocando la relación entre los basamentos piramidales y las plazas del México antiguo; así, los ejes norte-sur y oriente-poniente convergen en el centro del atrio, donde se colocaba una cruz y quedaban señalados por los accesos al espacio abierto (Guerrero, 1962: 20).

> El acceso al atrio, al que algunos documentos llaman compás o patio procesional, puede ser triple. La entrada principal estaba al poniente, eje con la puerta de la iglesia, mientras que las otras dos estaban orientadas de norte a sur. Por lo general, esta intersección fue diseñada para la cruz atrial, y en cada esquina del patio procesional se colocaba una capilla posa conectadas entre sí por andadores delimitados por árboles y muros pequeños (Estrada, 1982: 625).

De acuerdo, con lo señalado por la Mtra. Elena Estrada (1982), la disposición de los accesos al atrio y al templo correspondía a una relación axial de manera en que el acceso al atrio se encontraba en correspondencia con la entrada a la iglesia. Este tipo de organización no significaba, que la cruz atrial tuviera que ubicarse necesariamente en el centro del atrio. Su presencia debía entenderse como parte de una organización simbólica y procesional del espacio. Dicha disposición es perceptible en el objeto de estudio, en el cual la cruz atrial se sitúa a una distancia aproximada de tres metros del costado derecho del centro atrial.

El edificio de San Andrés Apóstol hunde sus raíces en el siglo XVII,[1] durante este periodo, la iglesia podría ser considerada más que un edificio: constituyó un elemento central de la vida comunitaria. Aunque el origen del inmueble se remonta en dicha centuria, la iglesia fue objeto de diversas intervenciones durante el siglo XVIII. En ese periodo es posible que se modificara la fachada, se ampliara la nave o se incorporaran nuevos elementos decorativos como resultado de los cambios sociales y religiosos de la época (ver figura 1).

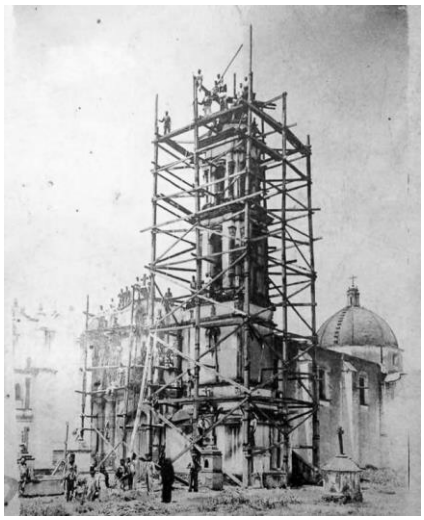


Figura 1.

Figura 1. Reconstrucción de la fachada de la Parroquia de San Andrés Apóstol (12-06-1947) Fuente: Fotografía de autor desconocida, resguardada en un acervo particular en San Andrés Cuexcontitlán.

[1] De acuerdo con el Catálogo Nacional de Monumentos Históricos Inmuebles del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH), los cimientos del tiemplo corresponden a este siglo, dato que permite establecer una referencia para su proceso histórico

Durante este siglo, el impulso constructivo de los monasterios comenzó a ceder ante el clero secular. La población tendía a concentrarse en las ciudades de mayor importancia, ya fuera por su papel como capitales provinciales en la parte civil, sedes episcopales en lo religioso o centros de industria y comercio en lo económico. Además, estas múltiples funciones consolidaron núcleos urbanos que, en el siglo siguiente, se convertirían en capitales de intendencia y, a partir del siglo XIX, en capitales de los estados.

En el siglo XVII, los principios de claridad espacial y la rigidez en las plantas arquitectónicas se mantuvieron gracias a una intención compositiva y una necesidad didáctica, cuya eficacia ya se había demostrado en el siglo XVI. Así, en el siglo siguiente, destacaron dos tipos de edificaciones religiosas de particular relevancia. Por un lado, los conventos de monjas diseñadas para responder a ciertas dinámicas de la cláusula y la vida contemplativa. Por otro lado, las parroquias levantas para albergar la vida pastoral y la participación activa diseñada del mismo clero secular. [2]

A parte de su valor arquitectónico, el templo de San Andrés adquirió un papel estratégico como edificación de paso. Su ubicación la convirtió en un punto de referencia para viajeros y comerciantes que se dirigían hacia Temoaya o San Cristóbal Huichotitlán. El templo servía como un espacio de descanso y oración, lo que fortaleció su importancia como centro religioso y como parte fundamental de la infraestructura de la región.

En este contexto, resulta pertinente tener una aproximación con el templo de San Cristóbal, cuya historia está vinculada con la de San Andrés y con su desarrollo histórico de sus pueblos indígenas de la región. Ambos templos que se remontan al período virreinal, constituyen testimonios de la permanencia indígena y de procesos de transformación religiosa, cultural y social. Si bien es cierto, cada edificio presenta características arquitectónicas particulares, ambas presentan una sensibilidad estética vinculada en la manera en la que los habitantes incorporaron y adaptaron las expresiones artísticas de la

[2] "El templo debía estar abierto al público, permitiendo así que la comunidad participara en todas las ceremonias religiosas celebradas en su interior. Sin embargo, la vida en clausura de las monjas requería que el templo se diseñara de manera que pudieran utilizarlo sin ser perturbadas en su vida de recogimiento espiritual. La solución arquitectónica fue ingeniosa: se construyó un templo de una sola nave, lo cual permitía ahorrar espacio, y se orientó su eje principal en paralelo a la calle. De este modo, se garantizaba una buena iluminación natural y se facilitaba el acceso de los fieles, sin interferir con la tranquilidad del convento". Manuel Toussain, *Arte colonial en México*. Imprenta Universitaria, 1948, p. 193.

arquitectura novohispana. Históricamente San Andrés junto con San Cristóbal y San Nicolás Tlachaloya, formaron parte de una jurisdicción eclesiástica denominada "cabecera de otomites" en donde la sede se encontraba en San Pablo Autopan (Ver figura 2). Esta organización evidenciaba la estrecha relación que existió entre estas comunidades dentro de la estructura religiosa. Sin embargo, en 1729 San Cristóbal se erigió como pueblo independiente bajo el título de "parcialidad de otomites". Posteriormente, ese proceso de consolidación religiosa y territorial culminó con su elección canónica como parroquia el 1 de mayo de 1972. [3]

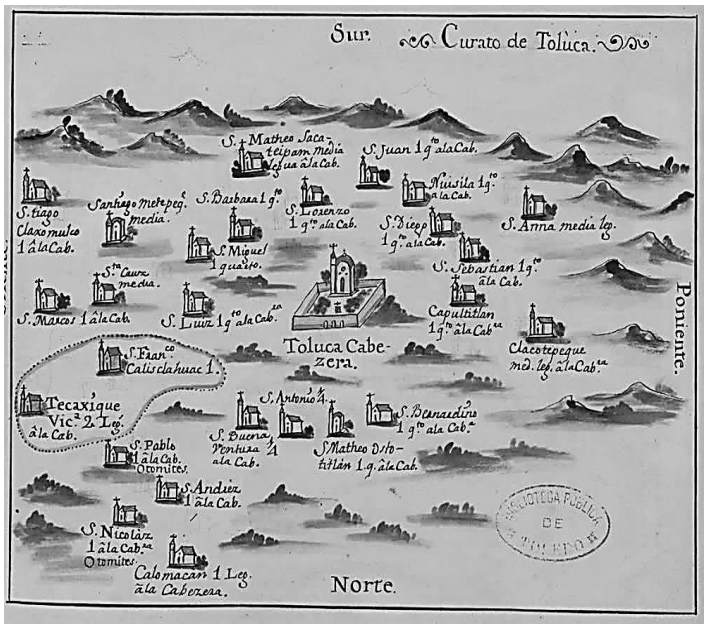


Figura 2.

Figura 2. Toluca y sus pueblos en 1767, Crónica *"El curato de Toluca"*, elaborado por José Antonio Álzate

Fuente. Atlas eclesiástico del Arzobispado de México.

No obstante, como ya se ha mencionado, una parte del valor patrimonial del templo radica en su fachada y en gran parte de su interior. Aquella funcionaba como una entrada física al

[3] Nicolás León, "El Convento de la Asunción de Toluca", Biblioteca Enciclopédica del Estado de México, México, 1969; José Luis Alanís Boyso, "Corregidores de Toluca. Apuntes para su estudio 1590-1810", Biblioteca Enciclopédica del Estado de México, México, 1976 y Gerardo Pérez Silva, "Apuntamientos históricos de varias parroquias de la hoy Arquidiócesis de Toluca", para uso de los alumnos del Seminario Diocesano de Toluca (2020).

templo y, también, como un umbral simbólico que introducía al visitante en un espacio sagrado.

La edificación se encuentra resguardada arquitectónicamente por una barda que constituye un elemento que establece el límite entre el espacio exterior y el recinto. Su trazo curvo modifica la percepción del conjunto, este cerramiento se puede entender en relación con el atrio, pues ambos son parte de la organización espacial. La relación entre la barda, el atrio y el inmueble permite reconocer la secuencia espacial compuesta por tres momentos: el acceso al recinto, la permanencia del espacio abierto del atrio y, por último, el ingreso al templo.

Las bardas del atrio son un elemento clave en la organización del espacio sagrado en México. Además, cumplen una función limítrofe, pero su valor principal es simbólico, al hacer perceptible la sacralidad del espacio en lugar de protegerlo. Sus almenas, desplazadas de los altos muros, recuerdan más a una empalizada rítmica que a un elemento defensivo. Estas bardas delimitaban el espacio con claridad sin crear una sensación de encierro, razón por la cual no requieren gran altura para cumplir su función organizadora y definitoria.[4] En la actualidad, la entrada principal del templo se encuentra flanqueada por un arco de medio punto y columnas de estilo estípite; el diseño es simétrico e incorpora nichos que albergan figuras religiosas, recursos recurrentes en las portadas novohispanas.

La iglesia de San Andrés respeta el trazo tradicional de los templos católicos, es decir, tiene una posición de oriente a poniente, en dirección hacia Jerusalén. En la arquitectura conventual del siglo XVI, se respetaba la orientación litúrgica (oriente-poniente). Siguiendo las normas que se remontaban a la época de Constantino IV, según las cuales la fachada principal debía mirar al oriente. No obstante, la puesta poniente no era la única entrada a la iglesia, puesto que en la mayoría de los casos se conectaban con un acceso en la parte norte del atrio y uno en el sur que conectaba con el claustro (Estrada, 1982: 626).

[4] "En términos generales, el muro representa la contraparte del pavimento o la terraza, y con solo estos dos elementos es posible establecer un sistema arquitectónico." MARTIENSSEN, R. D. *La idea del espacio en la Arquitectura griega*. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión, 1958, p. 19

La orientación del templo también nos permite reconocer la organización de su planta, el eje longitudinal establece la relación entre el acceso principal y el espacio litúrgico. Esta disposición genera una secuencia en la que la nave funciona como eje principal de circulación y se dirige hacia el crucero y el presbiterio.

De norte a sur, encontramos una capilla adosada considerada un emblema de la comunidad, puesto que fue la primera parroquia construida en esta localidad en 1545. En los primeros años del siglo XVI, la capilla representaba un estilo arquitectónico puramente renacentista. En Hispanoamérica, el arte renacentista se desarrolló de manera tardía, aunque con claras influencias hispánicas. Esta etapa, dentro del contexto del mundo hispano, suele denominarse como "plateresco" (Sebastián, 1945: 46). Dicho estilo se caracterizaba por la sobriedad y la sencillez, con una marcada vocación hacia la funcionalidad expresada en elementos decorativos modestos, con arcos de medio punto y techumbres de madera, rasgos propios de las primeras construcciones religiosas de aquel siglo.

Ya en el siglo XVIII, la capilla fue objeto de significativas intervenciones, entre las que destacan la incorporación de elementos barrocos y neoclásicos, corrientes estéticas dominantes del periodo. Lo que distinguía a estos modelos constructivos era su exuberante ornamentación: el uso de columnas invertidas y relieves con motivos vegetales o religiosos que buscaban generar un impacto emocional en el espectador.

La capilla de nuestra señora Santa Rosa de Lima es considerara un espacio religioso que simboliza el camino histórico y cultural de la comunidad. Su transformación a lo largo del tiempo revela tanto los cambios artísticos como las necesidades de una población que creció en torno a su fe y sus tradiciones (ver figura 3).



Figura 3.

Figura 3. Portada de la Capilla de Santa Rosa de Lima-San Andrés Cuexcontitlán.
Fuente: Fotografía tomada por el autor (2025)

Actualmente, el edificio de San Andrés Apóstol tiene una geométrica casi simétrica en su planta arquitectónica, la fachada presenta una composición simétrica organizada en dos cuerpos y un remate superior que mantienen una composición equilibrada. Dicho remate está coronado por un frontón mixtilíneo, que introduce curvas y contracurvas, elementos propios del barroco, aunque estos se manifiestan de manera más moderada que en las grandes construcciones urbanas. La fachada está organizada a partir de un eje en posición vertical que asciende desde el vano de acceso, pasa por la ventana coral y culmina en el remate mixtilíneo. Las portadas de las iglesias novohispanas suelen organizarse según el orden clásico, lo que demuestra una fusión cultural única. Esta disposición produce una lectura ascendente de la fachada, en la que el acceso constituye el punto de partida visual y el remate funciona como culminación del eje compositivo.

El primer cuerpo alberga el vano de acceso principal, resuelto mediante un arco de medio punto con moldura de arquivolta,[5] flanqueado por un par de columnas pareadas, las cuales transmiten estabilidad y solidez, al simbolizar la entrada al espacio sagrado. Esta composición responde a una organización jerárquica en la que los elementos arquitectónicos se distribuyen de acuerdo a su posición y función. El acceso está flanqueado por cuatro

[5] Arco de directriz semicircular. También llamado arco romano. Arquivolta, moldura o banda decorada en la cara de un arco que sigue la curvatura del intradós. Ambas utilizadas en el estilo barroco. Ching, F. D. K. (2012). *Diccionario visual de arquitectura*. Editorial Gustavo Gili, p. 23-25.

pilastras estípites[6] elevadas sobre pedestales en forma de atlantes. Los habitantes de la localidad interpretan esta decoración como una representación de los evangelistas, aunque no existe evidencia suficiente que respalde dicha lectura. Entre las columnas, se abren dos nichos que resguardan con devoción las figuras de dos santos: San Andrés, ubicada en la parte inferior derecha y Santa Clara de Asís en la parte inferior izquierda.

Las cuatro columnas sostienen una cornisa que sirve de base al siguiente cuerpo, donde dos pares de columnas de menor altura se elevan sobre sus pedestales con una presencia más contenida pero igualmente solemne. Entre cada par, los nichos acogen dos figuras que parecen custodiar el acceso al inmueble: San Cristóbal en la parte superior izquierda y San Pablo en la parte superior derecha[7]. Los nichos escultóricos se integran como elementos secundarios que acompañan el eje principal. Su disposición no es independiente de la arquitectura, estos se encuentran contenidos dentro de la portada y participan en la jerarquización visual de sus diferentes cuerpos. En el centro de la fachada, flanqueado por un par de columnas, una ventana coral mixtilínea corona el conjunto y deja entrar la luz, uno de los elementos más representativos de este edificio. La disposición de los espacios no es casual, todo está pensado para conducir al feligrés, sin que lo note, hacia una experiencia transciende lo visual. La luz destaca el eje principal del templo y dirige visualmente la atención hacia el presbiterio, creando una atmósfera que favorece la contemplación y, en última instancia, al desarrollo de la experiencia litúrgica.

Los capiteles de las columnas se unen a un entablamiento que sirven de base para el remate o tímpano de forma sinuosa y curvilínea que le da carácter al conjunto. Y junto ahí, en lo más alto del arco principal, el último nicho que se encuentra centrado, como no podía ser de otra manera, y en él se alberga la figura de Jesús Nazareno. Este nicho queda enmarcado por un arco de medio punto y se encuentra flanqueado por dos columnas de fuste tablerado que les dan firmeza y presencia a todas estas secciones de la fachada. La cruz situada en la parte

[6] Hacia la segunda mitad del siglo XVIII, la arquitectura novohispana se llenó de estípites. Esta peculiar pilastra se convirtió en uno de los sellos distintivos del barroco mexicano al que hoy llamamos churriguerescos. De la Maza, F. *Unos bellos estípites mexicanos. En Conciencia y autenticidad históricas: Escritos en homenaje a Edmundo O'Gorman*. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, Facultad de Filosofía y Letras, 2018, p. 197–198.

[7] Los santos mencionados en los nichos son referencias a los pueblos vecinos de San Andrés Cuexcontitlán.

superior funciona como elemento que reafirma el carácter religioso del conjunto (ver figura 4).



Figura 4.
Figura 4. Portada de la iglesia de San Andrés Cuexcontitlán.
Fuente: Fotografía del autor (2025).

En el extremo oriente se levanta la torre campanario, esta constituye uno de los elementos verticales que complementan la composición de la fachada. Su organización puede analizarse mediante la sucesión de cuerpos superpuestos, con diferencias en las cornisas y cambios en la disposición de los vanos y soportes. La estructura escalonada de la torre adquiere una lectura ascendente y establece una relación visual con el remate de la portada principal. En la primera de ellas se abren dos nichos, cada uno coronado por un arco de medio punto y flanqueadas por columnas dóricas, estas le confieren al conjunto una presencia sobria y proporcionada.

En la parte inferior de la torre, justo al centro, se localiza el acceso al antiguo almacén de agua bendita, su entrada está enmarcada por un par de pilastras dóricas que sostienen una pequeña cornisa de poca proyección, pero que logra imprimir carácter y distinción a ese sector de la torre. Por encima de aquella cornisa, descansa el primero nicho que alberga la figura de San Agustín, coronado a su vez por un pequeño remate en perfecta sintonía con el lenguaje arquitectónico que predomina en el resto de la fachada.

En la parte superior de la torre, dispuesto sobre el eje central de la composición, se ubica el segundo nicho, en cuyo interior se representa a Jesús crucificado. La imagen establece una relación con al carácter religioso del inmueble y refuerza el sentido devocional. Su ubicación, en una posición elevada con el eje vertical de la torre, contribuye a destacar la representación de Cristo dentro del conjunto arquitectónico. Sobre este nivel se encuentra un remate que funciona de transición para el siguiente cuerpo.

Por encima de este remate se levanta un pequeño tambor de forma cuadrangular dividido verticalmente en dos cuerpos. En el primero presenta cuatro vanos abiertos que alojan las campanas, en las esquinas se incorporan dos columnas salomónicas por cada lado, elementos que proporcionan dinamismo a la composición mediante el movimiento helicoidal de sus fustes. La combinación de los vanos y columnas generan una composición abierta que contrasta con las secciones inferiores de la torre.

En el segundo cuerpo del tambor se encuentra sostenido por una cornisa que establece una separación visual respecto del nivel inferior. Al igual que el primer cuerpo, presenta cuatro vanos abiertos en cada esquina, acompañados por columnas salomónicas que prolongan el tratamiento ornamental de la sección anterior.

En la parte superior se distingue una cornisa de dimensiones reducidas que sirven como transición al remate final. A partir de este elemento, la cubierta termina mediante una forma piramidal que cierra visualmente el conjunto y acentúa su desarrollo ascendente (ver figura 5).

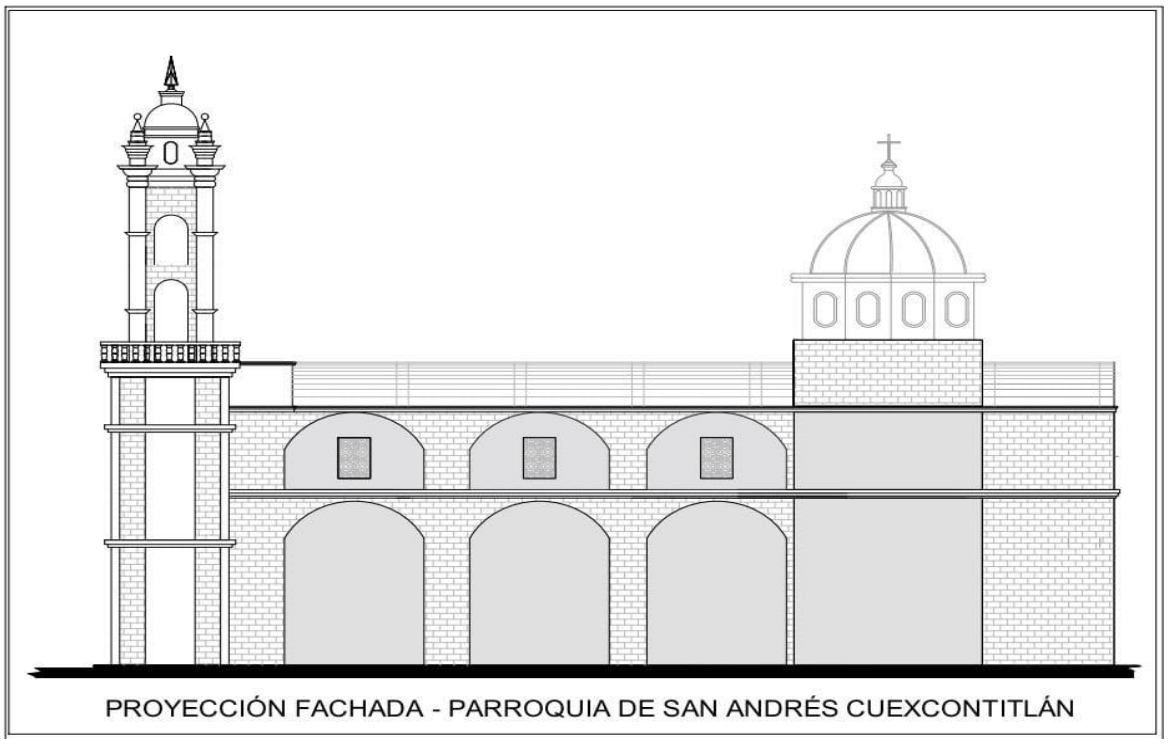


Figura 5.
Figura 5. Proyección arquitectónica, fachada sur
Fuente. Arq. Esquivel (2025).

La ornamentación del inmueble revela el aprovechamiento de materiales disponibles en la región y la adaptación de técnicas europeas con las condiciones locales. Al utilizar piedra local, el adobe y la madera. Las construcciones se adaptaban a las condiciones climáticas y económicas de la región, traer los materiales de fuera para construir los monumentos era costoso; por ello, se recurrió a la reutilización de materiales ya empleados durante la época prehispánica.

La piedra labrada resalta por sus detalles ornamentales de la fachada de San Andrés, precisamente en sus columnas, cornisas y nichos. Materiales como la piedra caliza y el basalto, extraídos de canteras eran apreciados por lo fácil que resultaba manejarlos para lograr los acabados necesarios, así como la durabilidad que presentaban. Para los constructores de la época, los materiales que descubrieron en la Nueva España fueron un gran punto de inflexión. Tanto, que tuvieron que explorar nuevas técnicas y poder leer el terreno para sacarles el mayor provecho. Hubo dos piedras principales que fungieron como los

materiales relevantes para la arquitectura del siglo XVI: el tezontle era una piedra volcánica permeable, y el tecali, considerada como el mármol mexicano. Para las personas de aquellos años, el tezontle era representado como un regalo para los constructores. Por otro lado, el tecali se convirtió en una de las piedras predilectas para los detalles más finos en las construcciones (Kubler, 1992: 168-169).

Otro material relevante en la portada de la iglesia de San Andrés es el estuco, utilizado en los acabados blancos. Este recubrimiento elaborado con cal, arena y agua, mejoraba la estética de los muros, pero también, protegía las superficies frente a la intemperie. La cal, obtenida a partir de la calcinación de piedra caliza, era un recurso abundante y fácil de trabajar en el México antiguo.

La parroquia cuenta con una nave longitudinal con ábside y crucero, la planta sigue el diseño clásico en forma de cruz latina, pero con sus brazos un poco recortados, la disposición espacial puede apreciarse durante su recorrido. Tiene una distancia de 35 m de la puerta principal al presbiterio, y detrás de este, se añaden otros 3 m más de fondo. El ancho de la nave tiene una medida de 9 m y con una anchura de 15 m en la parte del crucero (ver figura 6). En el acceso correspondiente al crucero, se eleva una cúpula que, de acuerdo con la observación del inmueble, presenta un cuerpo de planta octagonal. La presencia de este elemento introduce una dimensión vertical en el centro de la composición y permite tener una diferencia especialmente en el crucero respecto de la nave. Su posible adscripción al siglo XVIII debe considerarse como una hipótesis estilística. Este tipo de cúpulas era característico del estilo barroco o neoclásico; esta permite la iluminación natural del interior y representa un detalle estilístico para el templo.

La cubierta de la nave se resuelve mediante una estructura abovedada cuya configuración tiene que analizarse a partir de los elementos portantes y de la manera en que las cargas se dispersan hacia los muros y soportes laterales, estas deberán describirse como parte del sistema de crucería simple, señalando su disposición y los puntos en los que descargan. Determinar hasta qué punto la composición espacial puede considerarse verdaderamente original, y cuáles fueron sus antecedentes más inmediatos, no es sencillo, pues ningún estilo surge de manera espontánea. George Kubler ya planteó esta interrogante, sin llegar a una respuesta definitiva. No obstante, queda claro que “el estilo mexicano de las iglesias de una

sola nave avanza más allá de sus influencias peninsulares, logrando una mayor unificación y clarificación, no solo en la planta, sino también, en la organización de las masas y el volumen (Kubler, 1948: 238-239).

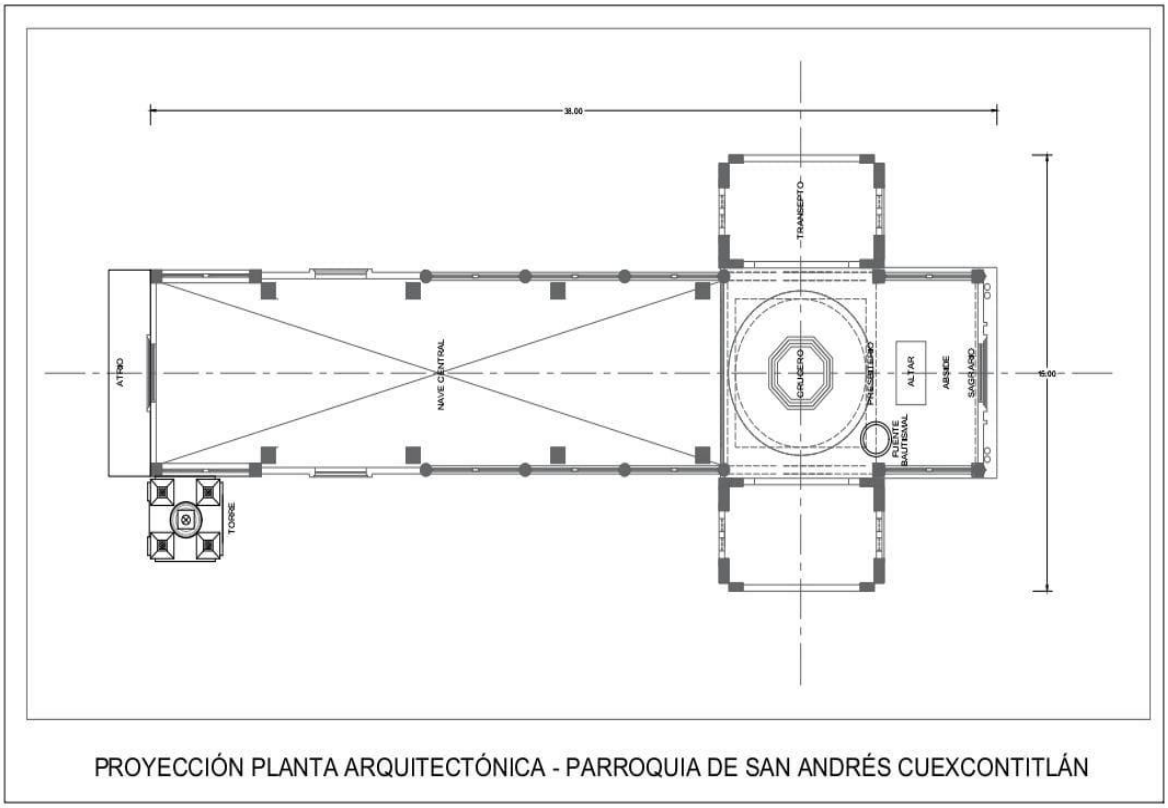


Figura 6
Figura 6. Planta arquitectónica
Fuente: Arq. Esquivel (2025)

Según la clasificación del doctor en ciencias sociales David Charles Wright (1995), la fachada estudiada corresponde a la modalidad del "barroco estípite". Esta tipología arquitectónica se caracteriza por el uso predominante de columnas troncopiramidales invertidas como elementos de soporte en retablos y portadas. Estas pueden presentarse en forma de pilares independientes o pilastras adosadas a los muros. A diferencia de los estípites-hermes renacentistas, carecen de rasgos antropomórficos como torso, brazos o cabeza, aunque en ocasiones presentan proporciones similares a las humanas. En muchos casos, las columnas estípites representan una concepción geométrica-arquitectónica del cuerpo humano y suelen componerse de abajo hacia arriba, muestran elementos cúbicos y un

capitel, generalmente de orden corintio, separados entre sí por diversas molduras. Estos soportes suelen estar decorados con una amplia variedad de motivos fitomorfos, antropomorfos y geométricos. Algunos ejemplos, con todo, presentan diseños más libres; mantienen, eso sí, un elemento distintivo de la pirámide invertida o al menos una ilusión a esta forma, rasgo esencial para ser considerados auténticos estípites.

La percepción al interior se encuentra determinada por la relación entre la nave longitudinal la cubierta y elementos que delimitan el espacio litúrgico. La decoración de los muros y de la cubierta llega a generar una continuidad visual que contrasta los elementos dorados incorporados en las áreas de mayor importancia (ver figura 7). El altar o retablo mayor constituye el principal punto de concentración visual del interior, se localiza al fondo del presbiterio y presenta una organización axial, vertical y simétrica, estructurada en dos cuerpos principales y articulada por elementos de inspiración clásica, como columnas lisas con capiteles ornamentados, pilastras, entablamentos, cornisas y frontones triangulares. En el cuerpo principal se dispone una hornacina central que alberga a San Andrés Apóstol, mientras que en el cuerpo superior se ubica la representación de Cristo. Las imágenes secundarias se distribuyen de manera simétrica a ambos lados. El altar presenta una policromía blanca y dorada, completamente con relieves vegetales y geométricos. La integración de escultura, ornamentación y arquitectura permiten que el conjunto funcione no solo como soporte de las imágenes, también, como elementos simbólicos y monumentales del presbiterio



Figura 7.
Figura 7. Espacio interior de la parroquia de San Andrés Apóstol.
fuente. Fotografía tomada por el autor (2025)

Si bien la falta de fuentes documentales para la realización del presente estudio, es importante aclarar que este análisis busca enfatizar el significado de esta construcción en la vida de la comunidad. El edificio de San Andrés Apóstol trasciende lo arquitectónico; es un elemento de la identidad local. La influencia artística de los conjuntos conventuales construidos en los siglos XVI y XVII tuvieron un impacto en la sociedad novohispana, al contribuir de manera significativa a la configuración artística, religiosa y arquitectónica de la época. Su concepción estética y espacial perduró en el tiempo, no se limitó a resistir la influencia europea, sino que la asimiló y la transformó conforme a sus propias necesidades.

Esta profunda raíz cultural se ha mantenido viva, evidenciando su vínculo con la fiesta patronal celebrada cada 29 de noviembre. Así, el análisis del templo presenta un valor que rebasa su función arquitectónica, y pone de manifiesto su importancia en la cohesión cultural y espiritual de San Andrés Cuexcontitlán.

Conclusiones

La fachada, la organización espacial, los materiales y la decoración del edificio de San Andrés Apóstol permitió reconocer la presencia de rasgos barrocos y neoclásicos que expresan las diferentes etapas de cambios que tuvo el edificio y la adaptación de los modelos europeos al contexto local. Por ello, el inmueble funciona como testimonio del patrimonio novohispano de la región.

La iglesia sigue siendo, hasta hoy, el principal referente históricos, cultural y religioso de San Andrés Cuexcontitlán. Su permanencia a lo largo del tiempo es en sí misma prueba de la importancia que tiene para la comunidad, tanto como un espacio sagrado como parte de su patrimonio. Por ello, estudiar este inmueble contribuye al conocimiento del patrimonio artístico histórico y arquitectónico, de igual manera, invita a la protección y valoración como el pilar de la identidad del pueblo.

Uno de los principales retos para la elaboración de este trabajo fue la falta de fuentes específicas sobre la parroquia. Esta situación hizo necesario complementar la investigación con la observación crítica, el análisis en las características arquitectónicas y la consulta de fuentes especializadas. Este proceso permitió formular una interpretación que contribuye al conocimiento histórico del edificio abriendo la posibilidad de poder desarrollar investigaciones más amplias.

El edificio de la parroquia de San Andrés trasciende lo local y constituye un legado artístico-espiritual. El inmueble representa una aportación al conocimiento arquitectónico en el valle de Toluca. Poder conocer su historia y entender el significado de los elementos constructivos ayuda a la valoración y conservación, así, como de conservar la memoria histórica que ha dado identidad a la comunidad de Cuexcontitlán.

Referencias

Bastús y Carrera, V. J. (1862). *Diccionario histórico enciclopédico*. Imprenta de Roca.

Ching, F. D. K. (2012). *Diccionario visual de arquitectura*. Editorial Gustavo Gili.

De la Maza, F. (2018). Unos bellos estípites mexicanos. En *Conciencia y autenticidad históricas: Escritos en homenaje a Edmundo O'Gorman*. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas; Facultad de Filosofía y Letras.

Estrada, E. (1982). Sentido político, social y religioso en la arquitectura conventual novohispana. En *El arte mexicano* (pp. 623–643). SEP/Salvat.

Flores García, L. G. (2024). Principios estilísticos de la arquitectura mexicana del siglo XVI. *European Public & Social Innovation Review, 9*, 1–15.

Flores Guerrero, R. (1962). *Historia general del arte mexicano: Época prehispánica*. Ediciones Hermes.

Gómez Martínez, J. (1997). *Las campanas: Cultura de un sonido milenario: Actas del I Congreso Nacional*. Asociación Española de Campaneros.

Kubler, G. (1948). *Mexican architecture of the sixteenth century* (Vol. 2). Yale University Press.

Kubler, G. (1992). *Arquitectura mexicana del siglo XVI*. Fondo de Cultura Económica.

Martienssen, R. D. (1958). *La idea del espacio en la arquitectura griega*. Nueva Visión.

Sebastián, S. (1985). *Arte iberoamericano desde la colonización a la independencia*. Espasa-Calpe.

Toussaint, M. (1948). *Arte colonial en México*. Imprenta Universitaria.

Toussaint, M. (1990). *Arte colonial de México*. Universidad Nacional Autónoma de México.

Wright, D. C. (1995). *Clasificación tipológica de fachadas barrocas novohispanas*. Universidad Nacional Autónoma de México.